

La memoria inscrita en nuestros cuerpos, no en el museo

Olga Amparo Sánchez Gómez
Casa de la Mujer

El presidente Abelardo de la Espriella está cumpliendo a “raja tabla” lo prometido en su campaña electoral: gobernar para las fuerzas que se resisten a aceptar las transformaciones que ha vivido la sociedad colombiana. Se niegan a reconocer la presencia, en el debate político y en el espacio público, de cuerpos que les incomodan porque no responden a los mandatos patriarcales y religiosos. De sujetas y sujetos políticos que, con nuestras agendas y luchas, hemos fisurado esos mandatos, la heterosexualidad obligatoria y el orden económico, y hemos exigido radicalizar la democracia. Son fuerzas que no aceptan que esas voces, esos cuerpos, esas realidades y esas culturas no hegemónicas disputemos el sentido común sobre la democracia, la justicia, la familia, la sexualidad, el cuerpo y el poder. A esa Colombia le generamos una especie de urticaria quienes hemos vivido las injusticias y los intentos de borramiento, y continuamos tercamente exigiendo nuestro lugar en la vida. Es decir, nuestro sagrado derecho a ser y estar en la vida.

Esa resistencia se expresa también en la política cultural del Gobierno. En reciente intervención, el presidente planteó la necesidad de cambiar el nombre del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes por el de Ministerio de la Cultura y el Patrimonio. En su discurso se comprometió a librar una batalla contra la cultura woke. Sin pretender reducir su significado, ser woke tiene que ver con estar alerta y tener conciencia de las injusticias sociales, el racismo, las desigualdades entre varones y mujeres y la discriminación contra las personas LGBTIQ+. Y para esa batalla, dice el presidente: “Necesitamos una generala para dar la batalla, la contrarrevolución cultural, y ella es la persona indicada”. La generala encargada de esa misión es la ministra Paola Holguín.

Su mandato es impulsar una contrarrevolución cultural centrada en la defensa de la herencia histórica; de una identidad colombiana construida a partir del encuentro entre los legados ibérico, indígena y africano; y en la protección del patrimonio religioso católico —iglesias, conventos, arte sacro y procesiones—, presentado como pilar fundamental de la memoria nacional.

En esa misma dirección, la ministra ha afirmado que la vocación de instituciones como el Museo Nacional de Colombia no consiste en servir como instrumento de adoctrinamiento político ni en difundir versiones sesgadas de la historia o agendas de gobiernos anteriores. Con este argumento justificó la remoción de contenidos relacionados con el activismo LGBTQ+, las luchas feministas y los procesos de paz con grupos guerrilleros. También invocó la prevalencia de los derechos de niñas y niños, consagrados en el artículo 44 de la Constitución, para justificar su protección frente a lo que calificó como “material sensible”. A esto se suma la promesa de combatir el llamado “progresismo retrógrado”, expresión con la que descalifica corrientes de pensamiento que, a su juicio, distorsionan la identidad nacional.

Pero ¿cómo se puede hablar de una sola identidad nacional mientras desde la Presidencia se decide qué identidades, qué luchas y qué memorias merecen ser nombradas y conservadas y cuáles deben ser retiradas? ¿Son el presidente y la ministra quienes deben decidir qué relatos, personajes e historias representan al país y cuáles quedan por fuera de su memoria? La defensa de una supuesta identidad nacional única no puede convertirse en argumento para excluir del Museo Nacional los testimonios de las luchas sociales, las transformaciones culturales y las voces de quienes hemos cuestionado el orden establecido.

En muy poco tiempo, se habría ordenado a la dirección del Museo Nacional retirar entre 30 y 50 piezas, según las versiones que circulan, aunque el Museo no se ha pronunciado oficialmente. Se trata de piezas que daban cuenta de las luchas feministas, del movimiento LGBTQ+, del proceso de la Asamblea Nacional Constituyente, de liderazgos que han tenido protagonismo tanto en la guerra como en la construcción de la paz, y de las culturas indígenas y afrodescendientes. Retirar esas piezas no es solamente modificar una exposición. Es decidir qué experiencias merecen ser recordadas y qué lugar ocupan en la memoria colectiva las luchas y las culturas que han cuestionado las relaciones de poder, las injusticias, las desigualdades y los relatos únicos sobre los acontecimientos que han marcado la historia de Colombia.

Su batalla contra el wokismo y el progresismo quizás tenga que ver con que el presidente de la República y la ministra no conocen esa otra Colombia. O quizás sí la conocen y es precisamente esa Colombia la que les incomoda. Esa Colombia que reexiste, crea, exige y construye paz desde los territorios; que hace democracia desde la vida cotidiana; que reclama una vida libre de violencias, autonomía sexual, emocional y reproductiva, y el derecho a amar en libertad, desatando los nudos de la heterosexualidad impuesta.

En esa Colombia que les incomoda y desean borrar hemos aprendido a fisurar el poder y a poner en la agenda política otros sentidos de democracia, paz, derechos, sexualidad, justicia y cuidado. Hacemos de la cultura una práctica cotidiana y escribimos, en los cuerpos, en las calles y en los pequeños espacios de la vida social, la memoria de nuestras luchas, deseos y exigencias. Esa memoria ha pasado y pasa de generación en generación: vive en las palabras, en los afectos, en las formas de organizarnos y en las prácticas cotidianas con las que defendemos la vida y construimos autonomía.

Por eso, aunque se retiren piezas de un museo o se cambie el nombre de un ministerio, las luchas no desaparecen. Los cuerpos siguen ahí, incomodando y subvirtiendo. Esas luchas siguen vivas en quienes las hemos protagonizado, en quienes las hicieron posibles y en quienes hoy las retoman para abrir otros caminos y alimentar nuevos sueños. El poder puede decidir qué se exhibe en sus museos, pero no puede arrogarse el derecho de decidir qué merece permanecer en nuestra memoria. Por mucho que lo intente, no puede borrar la memoria inscrita en nuestros cuerpos. Esos cuerpos diversos, vestidos de multicolores; cuerpos que se toman las calles y desafían el modelo de mujer impuesto por el patriarcado; cuerpos que expresan libremente su sexualidad, sus identidades y sus culturas. Esos cuerpos, señor presidente y señora ministra, ustedes no los pueden borrar ni ocultar.

Porque nuestra memoria no empezó en los museos ni en las bibliotecas, y tampoco termina en ellos. Está inscrita en nuestros cuerpos, en nuestros deseos, en las calles que hemos habitado, en los lugares de rumba que nos hemos tomado, en los muros de las ciudades que hemos pintado, en las familias que hemos interpelado, en las instituciones, en las rebeldías que nos han permitido conquistar derechos y en las esperanzas que seguimos construyendo. Vive en las luchas que heredamos y en las que aún nos quedan por librar.

Nuestras luchas no son piezas que puedan retirarse de una exposición. Están en lo que hemos vivido, en lo que hemos conquistado y en lo que todavía soñamos y exigimos. También están en nuestras formas de habitar el mundo y en las posibilidades que abrimos para quienes vienen detrás. Podrán retirar nuestras huellas de un museo, pero no borrar lo que esas luchas han dejado en nuestras vidas ni impedir que otras generaciones las hagan suyas y sigan abriendo caminos de autonomía.



NOS PUEDES CONTACTAR EN:

WEB: www.casmujer.com

EMAIL: coordinacion@casmujer.com

ISSUU: <http://issuu.com/casmujer>

